

PRÓLOGO

Cuarenta leguas al occidente de Madrid, en la falda meridional de la sierra del Salvador, y a tiro de bala de cañón de la villa de Cuacos, encuentra el viajero todavía el célebre monasterio donde exhaló el último suspiro de su vida mortal, en las Edades pasadas, uno de los varones más insignes de la cristiandad.

Yo he visto este monasterio.

Yo he pasado algunas horas de mi juventud bajo sus bóvedas cenicientas, procurando delectarme en sus ruinas los secretos de un grande arrepentimiento y el poema heroico de la piedad de un corazón que en la edad senil se arroja en brazos de Cristo, renunciando a las pompas de un mundo, en donde todos los laureles se marchitan.

Con lágrimas en los ojos he contemplado muchas veces aquellos muros, que se derrumban bajo la mano del tiempo, como la encina bajo el hacha del leñador, y todos los recuerdos de la Historia han surcado los áridos caminos de mi imaginación.

Aquellas verdes y frondosas arboledas, que ciñen el edificio y que permiten contemplarle como a través de una flotante y encantadora cortina, prestaron rocíos de frescura y ambientes balsámicos a su frente calenturienta.

En el borde del estanque, donde solía divertir algunos ratos de ocio, todavía eleva al cielo su gallarda copa el nogal que él mismo plantó por su mano, guiado por un inocente capricho.

Aún existe la rampa de leve declive que mandó construir para llegar hasta el vestíbulo de su palacio, montado en una mansa jaquilla; y en ese humilde vestíbulo desde donde se descubren las altas crestas del Mirabete y las prolongadas llanuras de los campos de Arañuelos surcado por ríos que semejan cintas de plata, todavía se encuentran la piedra que le servía para montar y un viejo sillón de cuero, con gruesos clavos de hierro, donde se asentaba, debajo del escudo de Austria, pintarrajeada de azul y amarillo, a tomar el sol en las tardes de invierno y a oír en las de primavera el canto del ruiseñor de Sierra-Jaranda.

En su cuarto, iluminado por el sombrío resplandor que comunica una reja de gruesos barrotes, semejantes a los de una prisión, todavía subsiste el sillón mezquino, que le servía para el reposo y para las meditaciones; y, barrenando el grueso muro de la iglesia, todavía muestra la abertura que le permitía oír misa desde el lecho, cuando le postraba la enfermedad.

Debajo del altar mayor, en una bóveda oscura, llena de ruinas y de malezas, todavía se ve, pendiente de la techumbre por cuatro cuerdas, el féretro de roble, que se construyó para su enterramiento, el cual dispuso se hiciera en aquella forma, para que el sacerdote, al celebrar la misa, descansara los pies sobre sus pechos.

Estos son los únicos recuerdos del gran hombre que la especulación, la incuria y la ingratitud de los tiempos han respetado.

Cuando se sale del monasterio, y se toma la dirección de la villa de Cuacos, descubre el viajero el escudo de la Casa de Austria, esculpido en piedra de granito, sobre la muralla de la huerta.

Aquel escudo, ¡qué emociones tan diversas engendra en los caracteres que produce el siglo!

Los unos pasan de largo, consagrándole una sonrisa desdeñosa. Los otros le contemplan con la estupidez de la ignorancia.

-Esto pasó ya -dicen los primeros.

-No sé lo que es esto -dicen los segundos.

Todos son indiferentes a las glorias de la patria.

Los monarcas de España se han desprendido del monasterio de Yuste como de una antigualla baladí. Yuste no es posesión real. Yuste ha pertenecido a un especulador, que plantó allí con la gravedad de un verdadero hombre de negocios, una fábrica de sedas.

Sin embargo, el recuerdo del grande hombre no se ha perdido completamente en la comarca.

Vive en el corazón del pueblo; vive en el pecho del hombre sencillo; enfeuda, por tradición, en la memoria del hombre de buena voluntad.

Haceos conducir a la Cruz del Humilladero, desde donde se descubren las agujas del monasterio; preguntad al campesino de Sierra-Jaranda por él, y le veréis sonreír triste.

-Allí -dirá, extendiendo su mano derecha-. Allí vivió él. ¡Allí murió el hombre de Dios!

Estos lastimeros quejidos son el único tributo de cariño que consagra el mundo a la última morada de Carlos de Augsburgo I de España y V Emperador de Alemania.